

LITERATURA

# Jugar con el tiempo

LA RARA ANATOMÍA

DEL CENTAURO

Miquel Àngel Riera

Ed. Destino. Traducción de Basilio Losada. 1991. 224 páginas

José Antonio Martínez

En este libro se agrupan 14 breves relatos que, a unos 10 minutos por término medio, proporcionan aproximadamente unas dos horas y pico de gratificante y profunda literatura. En este «tiempo de lectura» se pueden revivir «aventuras» y sensaciones que a veces ocurren como relámpagos que el autor ralentiza narrándolos a cámara lenta, y que en ocasiones, consistente en largos periodos temporales, el autor nos presenta en un fogonazo lingüístico. En suma, M. A. Riera juega ante todo con el tiempo y especialmente con el tiempo de su narración.

Muchos lectores esperan de los actuales narradores que ante todo «cuenten cosas», y que lo hagan de forma que deparen «sorpresas», que mantengan algún tipo de enigma resuelto en un final que no sea arbitrario sino justificado y «lógico» (hay narradores que comienzan bien y sostienen el interés del relato pero resuelven mal y lo ultimán como si no les quedase nada en el tintero).

Algunos pocos lectores, por el contrario, se contentan con que la expresión lingüística de los relatos sea excelente y que una línea los arrastre a la siguiente; y buscan sobre todo esos temas que, desde la profundidad psicológica (traten de lo que traten), puedan ser revividos en la conciencia del lector como procesos racionales de la experiencia humana (el amor, la muerte, etcétera).

«La rara anatomía del centauro» puede satisfacer a la vez esas dos expectativas lectoras, la «popular» y la «cultas», y demuestra que no tienen por qué ser alternativas ni antagónicas.

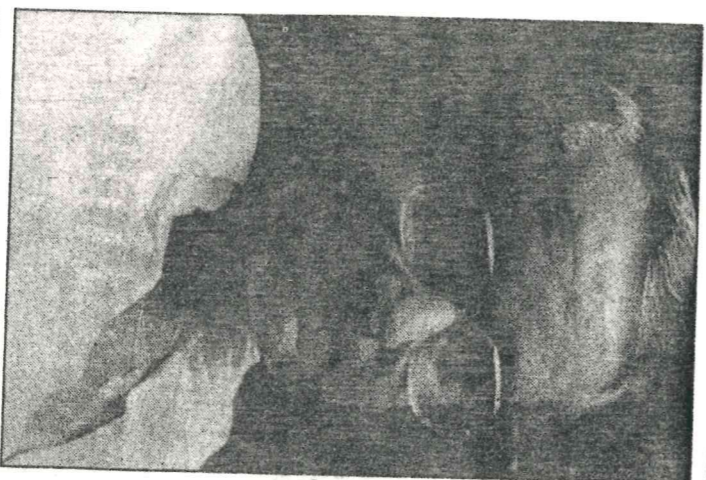
Con una perspectiva de cámara cinematográfica, «Una leve onda de aire» comienza al modo de «Isla Flaubert» (novela posterior del mismo autor), con la que comparte el «leit-motiv» de un paraíso natural mediterráneo que simbólica y casi bíblicamente, por causa de un pecado de infidelidad, desaloja a la pareja original (El y Ella) que temporal y furtivamente lo habita. Accidente o castigo, su sorprendente final es una revancha sobre la cultura y la sociedad por parte de la naturaleza, que se vale para ello de un utensilio típicamente urbano (una llamativa bombona de butano).

También «La segunda muerte» parte de una escena histórica inconcreta (una revancha de la guerra civil) para —a través de un interludio de humor negro (la trágica situación de un fusilado que, por miedo, paradójicamente no puede cumplir su última voluntad: orinar)— hacernos bucear en la conciencia de un

muerto que pasa imperceptiblemente del miedo humano al bien-estar casi mineral de la nada como una segunda vida ganada por la voluntad de sobrevivir. La prosa y la verosimilitud psicológica del autor nos lleva, eternizando los segundos, a sentir como puede sentirse un muerto en comunión con la naturaleza, hasta que una circunstancia por desgracia muy frecuente en casos tales nos revela, en un inesperado final, una segunda muerte definitiva.

En «Quen que apesta» es un relato grotesco, casi un chiste narrativamente ampliado, en el que un enano pescador de bajura, sexualmente disminuido y socialmente despreciado, ve la ocasión de ser alguien cuando encuentra una ballena varada y muerta en la playa, se apodera de ella y, montándola a horcajadas, se exhibe ante sus vecinos, por fin, con algo grande y enorme entre las piernas. Pero vivirá apartado de los demás, ahora debido al hecho del cetáceo (apestoso símbolo del rechazo social).

Un recién graduado en Sociología, orgulloso de su superioridad mental y su teoría, decide aplicarla y pasar a la acción haciendo eliminar asépticamente a quienes, en la realidad, empezando por su propia madre, rompen la armonía de sus fichas sociológicas, hasta que este perturbado es detenido e interrogado, sin conciencia del porqué. Este es el asunto de «Socioterapia aplicada». Parábola irónica sobre la



Miquel Àngel Riera.

mejora de la especie humana (diseñada por la ciencia y ejecutada por los políticos), no es difícil ver representada en ella la larga serie de científicos que se han desentendido de la aplicación de sus investigaciones.

«El idealista» es también un tipo superior, inconformista de palabra, rebelde solitario y destiñado por genes a protestar contra un superpoder económico que llega a todo y al que se acoge gustosamente el común rebaño de los mortales; desconsiderado y marginado, acude a vender sus altos servicios a la Gran Imobili-

Miquel Àngel Riera  
La rara anatomía  
del centauro



liaria, siguiendo una calculada estrategia de moderno «marketing» que se pierde en los laberintos kafkianos de la burocracia; famélico, arroja en sus protestas con pancartas callejeras, y finalmente encuentra su colocación sustituyéndolas por frases publicitarias de la G. I. (Si este cuento fuera leído por algún «intelectual (o artista) orgánico», a lo mejor le decía algo...).

«Salir con la esposa» fue publicado ya por este diario (en el n.º 100 del Suplemento de Cultura). De un humor sintético acerca de un amor más allá de la muerte, un pobre y probo discador nos cuenta, desconcertado, cómo ha sido públicamente denunciado por la gente y seguidamente detenido por la policía cuando paseaba a su esposa («ella, pobre mujer, sin poder moverse ni decir nada») en una moderna y cromada silla de ruedas, religiosamente pagada a costa de aplicar su arte de taxidermista a bichos y otros animales menores. Cuatro palabras del final (que sólo deben leerse al final) lo aclaran todo.

En «El adivino», Riera parece hacer un ejercicio de autorreflexión sobre el trabajo artístico: la inspiración sobreviene de la realidad imperativa como un instinto, se hace ver, plantea sus enigmas, y el escritor no puede sino ponerse a trabajar para tratar de resolverlos. Casi como el lector, ante el cual se presenta el relato bajo la apariencia de una pacífica agresión con un chillo contra el escritor que se tece en su descanso dominical.

El cuento central, «La rara anatomía del centauro», que presta al libro su título, no es, como pudiera parecer, ningún re-

lato fantástico, sino el informe sobre una empresa, tan bella y económica como imposible, que lleva al narrador y su pético «alter ego» a ganarse la vida en un humilde trabajo solitario en plena naturaleza. Simbólicamente, la vida misma, la actividad artística y el mismo personaje son, como el centauro, un hermoso «monstruo» dual, animal y espíritu, práctico y gratuito, ciertamente existente pero de imposible reproducción. Un ser en libertad que cada cual ha de encontrar por sí mismo.

Como en muchos de los otros cuentos, en «Morir en casa», el personaje, en este una viejecita, realiza las más extrañas evoluciones con sus pobres pertenencias sobre una plaza pública recién inaugurada; pero, como en otros casos, los hechos narrados obedecen a una férrea lógica: es la obsesión de vivir lo que la lleva, contra la invasión del asfalto y cemento urbanos, a reanudar su vida, a buscar la última morada en su primera casa.

«La declaración» es una declaración de desamor. Muy convincente: el lector se siente él mismo capaz de rematar en su caso a la víctima, llevado por la lógica coherencia de los hechos relacionados con la misma naturalidad que la asesina. Aunque truculento en los hechos, es un ejercicio de comprensión de la naturaleza humana, hecho con humor y, sobre todo, desde una prosa de clásica serenidad, como es siempre la de Riera.

«La caja china» connota desde su título la propia configuración del relato: el personaje sueña que soñaba que había soñado..., pero invitando el orden narrativo; de modo que los sucesivos escenarios de desdicha y culpa (bajo la sombra del Padre) o bien de dicha y felicidad (una felicidad de postal) el lector sólo los reconoce como sueños cuando cree despertar; pero el cuento continúa entrando, recienando los hechos hasta expli-

carlos como sueño cuando de nuevo cree despertar, y así sucesivamente... (Este proceder con el que se nos stega la hierba bajo los pies actuaba también en el segundo relato del libro).

También en «La jaula de cristales» Riera nos va metiendo, junto con el gris y modesto personaje, en un mundo sin fronteras entre la realidad y el deseo; una realidad que se fragmenta en múltiples (ir)realidades en espejos y reflejos, y a la que, una vez creada ilusoriamente la persona amada por el protagonista, éste se prohíbe volver para evitar el riesgo de no poder imaginaria otra vez.

«Prohibido pensar» nos transporta a una sociedad futura, en la tradición de Huxley, en la que el protagonista se suicida para evitar que se propague el desastre de una cualidad humana felizmente abandonada y vieja (el pensar) que él lleva en sí mismo como una enfermedad.

Finalmente, «Primavera total» enlaza con el tópico actual (cinematográfico, sobre todo): el de la vida vegetal que se defiende y toma la revancha contra la mano «civilizadora» del hombre; una simple hiedra podada en primavera termina por engullir una casa y a su habitante, en una simbólica victoria de la naturaleza sobre la cultura. De este modo, enlazando temáticamente con «Una leve onda de aire», se cierra el libro.

Riera es un narrador «prosisista», y sus temas y procedimientos, el interés y las sorpresas que clausuran sus relatos son indiscutibles de la expresión lingüística: sólo se puede acceder a ellos y disfrutarlos en una experiencia directa, leyéndolo al pie de cada línea y párrafo. Porque tiene la concentración de la poesía. De modo que cualquier intento de resumen está condenando al fracaso. El compendio expuesto no puede ser sino la limitada visión que yo he tenido, la que tiene un lector concreto en un momento dado (para otros estos relatos podrían resultar muy diferentes). En todo caso, y pese a todo, Riera no es un narrador simbólico ni parabolico: sus relatos pueden leerse sin apelar a códigos especiales, son gratificantes incluso leídos sin entrar en profundidades, porque gracias a su prosa el lector «ingenuo» es llevado línea tras línea, imperceptiblemente, al fondo de las cosas.

Sobre su prosa habría mucho que contar. Baste decir que, si se lo ha considerado como quizá «el mejor prosista en lengua catalana desde Pla», gracias a esta traducción de Basilio Losada (traducción evidentemente perfeccionada hasta la exquisitez por el propio autor), y gracias al empeño de Destino por ir rescatando su obra anterior, de ahora en adelante podrá pasar a ser considerado uno de los mejores prosistas en castellano, a cuya literatura aporta, además, los nuevos modos y formas de la literatura europea.